LA POLEMICA DE SCHELLING CONTRA LA «NATURALIDAD» DE LA METAFISICA ANTIGUA

JUAN CRUZ CRUZ

Exigencia de una total exención de supuestos.

El primer paso que a juicio de SCHELLING da la Filosofía Moderna para desembarazarse de todo prejuicio y llegar a algo absolutamente seguro y cierto es, con DESCARTES, el acto de la duda provisional, pues «en filosofía no se debe admitir algo como verdadero si antes no se ha conocido en sus conexiones» [1]. La filosofía es la «ciencia que comienza absolutamente desde el principio» [2], siquiera en el sentido de que ese acto de comenzar no debe presuponer nada de lo admitido y demostrado por la filosofía precedente. Con ese acto se propone DESCARTES reconstruir la filosofía desde el principio como si no se hubiese filosofado antes. En el comienzo se debe tener la intención decidida de eximir al pensamiento de una carga inveterada de supuestos.

Es de resaltar la afinidad que guarda el enfoque de SCHELLING con el más contemporáneo de HUSSERL sobre DESCARTES. Considera HUSSERL que las *Meditaciones Metafísicas* de DESCARTES son «un comienzo completamente nuevo en la Historia de la Filosofía, pues con un radicalismo nunca visto hasta entonces intentan descubrir el comienzo absolutamente necesario de la filosofía y, además, pretenden extraer ese comienzo del autoconocimiento absoluto y completamente puro» [3]. El radicalismo de DESCARTES consiste, para HUSSERL, en la firme decisión de excluir del pensamiento filosófico cualquier supues-

1. *Zur Geschichte der neueren Philosophie* (cit. *ZG*), t. X de *Schellings Werke*, editadas por K. F. A. Schelling (1856-1861), p. 5.
2. *ZG*, p. 4.
3. *Erste Philosophie*, I, 8.

© 2007 Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra

to, o sea, en terminología husserliana, cualquier prejuicio natural o mundano. En la actitud natural de la vida cotidiana el hombre se relaciona con el mundo a través de sus representaciones, juicios y valoraciones ingenuas, por las cuales se mueve hacia el mundo, alejándose de sí mismo. El saber del hombre es entonces un mero saber mundano, en el cual se identifican el ser y el mundo; incluso el propio yo se avista como una «cosa» más del mundo. HUSSERL señala que DESCARTES evita el peligro de la actitud natural, destruyendo metódicamente el mundo —base de dicha actitud— y buscando un fundamento del saber en la subjetividad, en el yo pensante.

Esta interpretación de HUSSERL es muy parecida a la que dio SCHELLING. Para éste, la razón antigua, en la medida en que quiso basarse en sus propias fuerzas, se desconectó de la *revelación,* orientándose hacia el conocimiento «natural»; la razón natural cayó entonces paradójicamente bajo el yugo de una necesidad, de una ley y de unos supuestos extraños: «necesidad, ley y supuestos que le son impuestos por su propio poder cognoscitivo, cuya extensión ella desconoce» [4]. A este yugo llama SCHELLING «premisas naturales» (*natürlichen Voraussetzungen*). Sobre ellas se construye una ciencia —la antigua Metafísica— que «acepta y presupone sin justificación ulterior las fuentes desde las cuales logra su saber» [5]. Al faltarle esa justificación, sus pruebas son insuficientes. Ello tuvo que «provocar un movimiento de liberación de autoridades sobre las cuales reposaba y de muchas premisas (en sentido platónico) oscuras y sobreentendidas, con el fin de llegar a una ciencia que fuese producto de la razón misma, o sea, a un conocimiento original, independiente, que no tuviese necesidad de nada fuera de él, que se bastase a sí mismo» [6]. De modo que al abandonarse al conocimiento natural acrítico, no iluminado por la conciencia, la razón no se hizo más libre; sólo cuando afirmó su libertad respecto de ese conocimiento natural, pudo realizar un considerable progreso. En este momento la razón —pura, simple y autónoma— se hace desde sí misma generadora de ciencia, la cual, «en tanto que *producida* por la *razón,* sólo podía ser *la ciencia misma*» [7]. Inicial-

4. *Philosophie der Mythologie* (cit. *PhM*), t. XI de la citada edición, p. 260.
5. *Philosophie der Offenbarung* (cit. *PhO*), t. XIII, de la citada edición, p. 39.
6. *PhM,* 266.
7. *PhM,* 267.

© 2007 Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra

mente esa ciencia no se nos da al mismo tiempo que su concepto y, por lo tanto, éste tiene que ser buscado. En esta fase «las autoridades en las cuales descansaba la Metafísica comienzan a perder su prestigio; y el primero que se puso a buscar la ciencia, en el sentido que aquí la entendemos, fue DESCARTES» [8].

Por «Metafísica antigua» entiende SCHELLING, de modo muy confuso, la que tiene su origen en la Escolástica. Califica de manera bastante somera y superficial a la Escolástica, estimando que «las diferencias que tuvieron lugar dentro de ella no fueron nunca diferencias esenciales que modificasen el núcleo fundamental» [9]. La metafísica fue en ella «la ciencia que se interesa por aquellos objetos que sobresalen por encima de lo que es simplemente físico y natural. En este sentido podría ser considerada como la ciencia que de modo especial se ocupa de lo supranatural y suprasensible» [10].

La «naturalidad» del entendimiento y de la experiencia.

¿Cuáles son las autoridades o las fuentes a las que, para conocer lo suprasensible, se remitía naturalmente la antigua Metafísica y que DESCARTES tuvo que superar? SCHELLING las reduce a tres, apoyándose en unas proposiciones latinas de MÉLANCHTON, autor que obviamente dista mucho de la intención que animaba a las grandes escuelas del pensamiento medieval y de la genuina Escolástica del Renacimiento. El texto que SCHELLING recoge de MÉLANCHTON, sin mayores aclaraciones, es el siguiente: «Causae certitudinis in philosophia sunt experientia universalis, principia et demonstrationes. Demonstrativa methodus progreditur ab iis quae sensui subjecta sunt et a primis notitiis, quae vocantur principia. Philosophia docet, dubitandum esse de his, quae non sunt sensu comperta, nec sunt principia, nec sunt demonstratione confirmata». «Este pasaje —añade SCHELLING— tomado del prefacio de MÉLANCHTON a los *Loci Theologici,* muestra en qué reposa el edificio de la Metafísica antigua» [11].

Habría, pues, la fuente del *entendimiento* (*Verstand*), con la auto-

8. *PhM,* 267.
9. *PhO,* 34.
10. *PhO,* 34.
11. *PhM,* 262.

© 2007 Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra

ridad de los *principios;* la fuente de la *experiencia* (*Erfahrung*), con la autoridad de la *experiencia universal;* y la fuente de la *razón* (*Vernunft*), con la autoridad de la *deducción*.

En primer lugar, la fuente del *entendimiento*. Este es la capacidad de conceptos generales. Los conceptos últimos universales están presentes en el juicio y el raciocinio: por ellos se hace posible todo pensar. «La Metafísica escolástica se basa en el presupuesto de ciertos conceptos universales que son admitidos como inmediatamente dados con el mismo entendimiento» [12]. Estos conceptos últimos, «aplicados a la experiencia, se convierten en *principios* generales» [13]. Pues bien, la Metafísica antigua estaba sometida «a la autoridad de los principios no adquiridos por la experiencia, los cuales se consideraban como κοιναὶ ἔννοιαι, innatos a la conciencia; el más importante de entre ellos es la ley de causalidad (tanto la de la causa, como la del efecto que le corresponde» [14].

Los conceptos mencionados eran: «la esencia, la existencia, la sustancia, la causa, o ciertos predicados abstractos, como simplicidad, finitud, infinitud, etc.» [15]. Parece ser o bien que sin la menor crítica *transfiere* SCHELLING la teoría kantiana de los conceptos a la Escolástica, o bien piensa que KANT *ha tomado* el viejo esquema —supuestamente escolástico— sin mayores reparos. Lo cierto es que SCHELLING, interpreta la función del entendimiento en el sentido de que éste aplica a lo sensible ciertas determinaciones, tales como sustancia o accidente, causa o efecto, unidad y multiplicidad, etc. Para KANT, «todas estas determinaciones no son ya simplemente formas de la intuición, sino determinaciones del pensamiento, *conceptos,* conceptos del entendimiento puro. Y sin embargo, estamos persuadidos de que estos conceptos existen en los *objetos representados* y que nuestro juicio que enuncia que esto es sustancia o causa, no es un juicio *puramente subjetivo,* sino que tiene un valor objetivo» [16]. Por medio de la sensibilidad nos es dado un objeto; por medio del entendimiento este objeto es pensado según conceptos, «los cuales se refieren *a priori* a

12. *ZG,* 60.
13. *PhO,* 35.
14. *PhM,* 261.
15. *ZG,* 60.
16. *ZG,* 82.

© 2007 Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra

los objetos, sin que los hayamos adquirido de los objetos mismos» [17]. Y lo mismo cabría decir según SCHELLING, para la filosofía antigua, en la que nadie podría pensar sobre nada si no tenía ya algún concepto de sustancia y accidente, de causa y efecto. Esto es lo que les ocurre al químico o al físico cuando piensan. «Cuando el químico demuestra el principio experimental de que el fenómeno de la combustión consiste en una unión del oxígeno del aire atmosférico con el cuerpo que arde [...], presupone tácitamente, tal vez sin darse explícitamente cuenta, el principio de que las modalidades contingentes en las que aparece un cuerpo pueden cambiar sin que la sustancia de éste aumente o disminuya. O sea, por lo menos distingue en los cuerpos su sustancia y sus accidentes; por lo que distingue ya en general sustancia y accidente. Asimismo, cuando un fenómeno natural nuevo atrae la atención del físico, y éste procura buscar su causa, presupone ya, sin mayor justificación, como algo evidente de suyo, los conceptos de causa y efecto, así como la ley de que ningún efecto dado en la naturaleza es posible sin una causa determinante» [18]. La posibilidad de trascender la mera representación sensible estaba en estos conceptos y principios generales, de modo que si éstos eran eliminados, también se suprimía el *pensamiento mismo*. «Por eso hubo que suponer que tales conceptos y principios eran connaturales y estaban dados con la naturaleza misma del pensamiento, o, como luego se dijo, eran innatos o nacidos con el pensamiento mismo; se supuso que no era necesario adquirirlos de la experiencia, pues ésta proporcionaba sólo la materia para su aplicación, pero que ellos mismos se daban ya con el entendimiento humano antes de toda experiencia. Por referencia a ésta se les llamó así conceptos y leyes *a priori*. La Metafísica antigua puso, pues, la primera fuente del conocer en el entendimiento puro, el cual quedó determinado como la fuente o facultad de todos aquellos conceptos y leyes investidos en nosotros con el carácter de universalidad y necesidad» [19].

Además tenemos la fuente de la *experiencia*, con cuya ayuda se hace posible que los conceptos y leyes del entendimiento no queden sin aplicación. «La experiencia no nos manifiesta lo universal, necesa-

17. *PhO*, 47.
18. *PhO*, 35.
19. *PhO*, 36.

© 2007 Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra

rio y permanente, sino solamente lo particular, contingente y transitorio de las cosas. Esto particular y contingente en las cosas es justo el punto de apoyo propio de la ciencia» [20]. Tanto la experiencia externa —que nos informa de fenómenos o situaciones fuera de nosotros—, como la interna— que nos da noticia de nuestro propio interior—, fueron admitidas como *autoridades*. La experiencia «nos procura la certeza de la existencia y de la naturaleza de los objetos sensibles, así como de nuestra propia existencia exterior e interior y de sus determinaciones permanentes y variables» [21]. A los objetos dados en la experiencia pertenecerían «no sólo los *objetos* que hoy se llaman propiamente de experiencia, sin limitar la experiencia a la simple experiencia sensible, sino también se incluirían en ella el alma, el mundo y Dios, cuya existencia se presuponía en general como dada y sólo se buscaba elevarla a objeto de conocimiento racional» [22].

La «naturalidad» de la razón.

Por último, la fuente de la *razón*. Para comprender su función conviene observar que la conducta que desplegamos ante los conceptos del entendimiento y los contenidos de la experiencia es puramente *receptiva:* «aparecemos en comportamiento de pasividad frente a la necesidad que esos conceptos y principios confieren a nuestro pensamiento; igualmente, aquello que sacamos de la experiencia es algo que *recibimos,* pero no *producimos*» [23]. Ahora bien, la ciencia es una actividad productiva: el saber no es algo ya existente o dado. Tanto los contenidos de la experiencia, como los conceptos y leyes universales del entendimiento carecen en sí mismos de una actividad que produzca un saber. En tanto que la Metafísica es ciencia, tiene que ser *productiva* y sólo puede tener las dos fuentes del entendimiento y de la experiencia como meros presupuestos en los cuales apoyarse para alcanzar por medio de ellos algo que los sobrepasa: lo suprasensible. Pues bien, la *razón* es esa tercera facultad «que nos sitúa en condiciones de pasar desde aquellos dos presupuestos al conocimiento de lo

20. *PhO,* 37.
21. *PhM,* 261.
22. *ZG,* 60.
23. *PhO,* 37.

© 2007 Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra

suprasensible» [24]. Tal conocimiento es necesariamente mediato. La razón es la fuente de los conocimientos activamente producidos, es facultad de deducir (schliessen) o demostrar (beweisen). Como facultad de deducir, consiste totalmente en la aplicación de los principios universales del entendimiento a lo contingente de la experiencia. Lo que la razón trata de hacer es «poner en una conexión *externa* los conceptos presupuestos con los objetos presupuestos, lo cual sería llamado demostrar» [25]. Pero en este caso la demostración tenía un carácter externo, ya que no era una *autodemostración del objeto:* «No era la demostración que el objeto hacía de sí mismo por medio de su propio movimiento o de su interno desarrollo como tal o cual objeto; no se desarrollaba internamente en sí mismo, por ejemplo, hasta llegar al punto en que se expresaba como alma humana, sino que entre las cosas conocidas y presupuestas se encontraba también una que era llamada alma humana, con la cual se intentaba poner en conexión el predicado, igualmente conocido, de la simplicidad, o sea, de la inmaterialidad. Esta Metafísica, pues, no formaba un sistema que procediese de manera continua a través de todos los objetos; más bien, con cada objeto comenzaba de nuevo desde el principio, y podía tratar las diversas materias en capítulos con toda comodidad» [26].

En resumen, para SCHELLING la Metafísica antigua estaba sometida también «a la autoridad de la razón, como poder de demostrar o *deducir*. Se veía en ella una fuente de conocimientos particulares, pues se creía que mediante las deducciones por las cuales esos principios universales y necesarios eran aplicados a los datos fortuitos de la experiencia, se podía igualmente llegar a los objetos exteriores a toda experiencia, por ejemplo, a la esencia inmaterial del alma. Y especialmente se podía probar de este modo realmente la existencia de Dios» [27].

El silogismo o la deducción se apoyaba, de una parte, en lo dado mediante la experiencia y, de otra parte, en los κοιναὶ ἔννοιαι, en los conceptos y principios universales y necesarios del entendimiento, tratando de llegar argumentalmente hasta la existencia de Dios. La

24. *PhO,* 37.
25. *ZG,* 61.
26. *ZG,* 61.
27. *PhM,* 261-262.

© 2007 Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra

Metafísica antigua mostraba así un aspecto *material* o experimental y otro *formal* o racional. «El material, o lo que se ponía en la base de los raciocinios, era tomado de la experiencia, como por ejemplo la ordenación finalística de la naturaleza en las partes y en el todo» [28]. El aspecto formal o componente racional de las deducciones «estaba constituido por los principios universales, por ejemplo, de causa y efecto [...] La aplicación de estos principios a la experiencia debía hacer posible una conclusión sobre lo que está por encima y más allá de la experiencia» [29]. El racionalismo tenía así una función meramente formal. En esta Metafísica no podían emerger en estado puro ni el racionalismo ni el empirismo; y únicamente cuando esta Metafísica entró en descomposición pudieron brotar el racionalismo puro y el empirismo puro.

La razón nos conduce a un nuevo ámbito que, por una parte, supera a los otros dos, mas, por otra, mantiene algo en común con ellos. El elemento último de ese ámbito es Dios, el cual es universal, como los conceptos del entendimiento, y a la vez concreto, como los datos de la experiencia, aunque lo universal y lo concreto se realice en Dios de modo máximo o eminente. La Metafísica antigua creyó que podía acceder por medio de la razón a Dios como causa universal y personal concreta. Los pasos que ese acceso tiene son tres: 1.º Absorción de los fenómenos de experiencia bajo el concepto de *mundo,* el cual, aunque existe, queda determinado como contingente, o sea, como aquello que puede también no ser; para SCHELLING el verdadero concepto de efecto es éste: aquello que puede también no ser. 2.º Aplicación a eso contingente de una ley del entendimiento, la de causalidad, en virtud de la cual, lo que figura como efecto sólo puede ser determinado a existir por una causa determinada. 3.º Elevación «al *concepto* de una causa absoluta, por medio de la cual el mundo (es decir, el complejo de todas las causas y de todos los efectos especiales y meramente relativos) es determinado; y elevación a la vez al conocimiento de la *existencia* de esta causa primordial absoluta» [30]. La Metafísica antigua, pues, aplica conceptos y principios a lo que se nos da en la experiencia para remontarse por encima de la experiencia.

28. *PhO,* 109.
29. *PhO,* 109.
30. *PhO,* 38.

© 2007 Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra

Epílogo crítico.

El quicio sobre el que gira la argumentación de SCHELLING contra la metafísica clásica es sin duda una equivocada interpretación del *intelecto* antiguo, el cual no coincide en absoluto con lo que SCHELLING explica como *entendimiento.*

El intelecto es caracterizado por la mayoría de los medievales, siguiendo a *Aristóteles,* no como una facultad distinta de la razón, sino como una determinación cualitativa firme añadida a la facultal cognoscitiva; mediante tal determinación, la facultad se dispone perfectamente a su propio acto. La determinación primera de dicha facultad es la de los primeros principios (como el de contradicción y el de identidad). Por la peculiar concepción antropológica de ARISTÓTELES, continuada por SANTO TOMÁS (según la cual el hombre es una unidad sustancial en la que coexiste una jerarquía de potencias), la facultad cognoscitiva pasa a su acto respectivo suponiendo la actividad de la experiencia sensible y la formación de contenidos inteligibles que dan a conocer el ente y otras nociones primitivas y simples. De manera que el contenido de los primeros principios *no es innato* —como interpreta SCHELLING, siguiendo la voz general de su época—. El realismo aristotélico exige que incluso los contenidos (lo que los medievales llamaron *species intelligibiles*) de los primeros principios *vengan con la experiencia,* no habiendo contenido alguno anterior a ella. En esta perspectiva, la experiencia no es tan estrecha como SCHELLING supone. Natural o innata es sólo la disposición subjetiva intelectual de *combinar* tales contenidos primitivos, pero no es innato el contenido. A lo sumo podría decirse que el intelecto —o los primeros principios— tienen sólo incoativamente un origen innato en la naturaleza racional, pero en su aspecto perfectivo tienen su origen en las operaciones de la sensibilidad.

Quizás SCHELLING y su época pensaran que los medievales consideraban los primeros principios como contenidos innatos debido a que afirmaban que éstos eran *inmediatos.* Pero una cosa es la *innatez* y otra la *inmediatez.* Esta última es necesaria para que se dé la ciencia como tal. Si todo en el conocimiento fuera mediato, la razón tendría que sucumbir en el proceso circular, o en el proceso al infinito. Uno y otro destruyen el sentido de la ciencia. Mediante el proceso circular sólo se puede probar lo incierto por lo incierto, o sea, no se prueba nada. Mediante el proceso al infinito la prueba se convierte en un

© 2007 Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra

perpetuo aplazamiento, pues entre el sujeto y el predicado habría infinitos medios en acto, haciéndose imposible la conclusión. De ahí que la ciencia deba comenzar por principios inmediatos. Pero los primeros principios del conocimiento presuponen la experiencia, que da la materia de los conceptos que se componen como sujeto y predicado, pues la facultad cognoscitiva sólo forma conceptos universales abstrayendo de la realidad sensible presente también en el nivel de las imágenes. «Los primeros conceptos de la inteligencia son conocidos al momento, mediante la luz del *intellectus agens,* por las *species* abstraídas de lo sensible, bien sean tales conceptos complejos, como las llamadas *dignitates,* bien sean conceptos simples, como la noción de ente y similares» [31].

En definitiva para SCHELLING la Metafísica antigua, desligada de la revelación, pero sometida a las autoridades de la experiencia, de los principios y de la deducción, se convertía en modelo de conocimiento *natural.* El paso decisivo que la conciencia filosófica debía hacer consistía en liberarse de la «naturalidad» de ese conocimiento, poder ciego que escapa a nuestra conciencia. La parte de la filosofía que SCHELLING llamó «negativa» no es más que una teoría de la razón desligada de contenidos de experiencia.

31. *De Veritate,* XI, 1.

© 2007 Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra